

Post-antropocentrismo

Post-anthropocentrism

Diego Parente

diegoparente@yahoo.com

CONICET / Universidad Nacional de Mar del Plata. Dr. Lic y Prof. De filosofía. Experto en filosofía de la técnica y filosofía contemporánea

Resumen

El presente trabajo tiene como objetivo delinear algunas características que asumen las diversas modalidades de la figura del post- en antropología filosófica. En primer lugar, ofrecemos algunas observaciones metodológicas sobre la estructura propia del post-. Posteriormente introducimos una caracterización del antropocentrismo y su distinción entre el epistemológico y ontológico. Por último, abordamos la especificidad del post-antropocentrismo y lo situamos en el marco de la discusión contemporánea sobre la agencia.

Palabras clave: post-antropocentrismo; agencia; co-constitución; ambiente

Abstract

The aim of this paper is to outline some characteristics that assume the various modalities of the figure of the post- in philosophical anthropology. First, we offer some methodological observations about the structure of the post-. Subsequently, we introduce a characterization of anthropocentrism and its distinction between epistemological and ontological anthropocentrism. Finally, we address the specificity of post-anthropocentrism and situate it in the framework of the contemporary discussion on agency.

Keywords: post-anthropocentrism; agency; co-constitution; environment

¿Cómo podemos abordar la cuestión del post- en antropología filosófica?

Esta breve intervención persigue el objetivo de delinear algunas características que asumen las diversas modalidades de post- en antropología filosófica, centrándonos especialmente en el caso del post-antropocentrismo.

En primer lugar, es importante remarcar que, en rigor, cualquier referencia a un post-xxxx en cualquier disciplina requiere una especie de ejercicio metadiscursivo, que resulta en cierto modo natural para la práctica filosófica desde sus comienzos. Este ejercicio de tipo metadiscursivo implica necesariamente un reconocimiento (tácito o no) de las fronteras del campo disciplinar así también como de sus alcances y objetivos. Incluso podríamos arriesgar la idea de que no sólo el problema histórico de los post- acecha al interior de nuestra disciplina sino también en otros campos del saber (es así que se puede hablar -por ejemplo- de post-darwinismo en biología, o post-procesualismo en arqueología, etc)

Ahora bien, la lógica en la que se subsume la enunciación de un determinado post- supone un concepto de tradición suficientemente homogéneo que podría ser de algún modo superado. En este sentido, elaborar una cierta posición teórica que se atribuya una condición de post- supondría

Que hay conceptos que conforman una tradición que resulta ser relativamente homogénea

Que uno debería conocer una porción relevante de la tradición que pretende superar, de sus componentes conceptuales

Que esos conceptos que conforman una cierta tradición resultan ser efectivamente rebasables, es decir, que ellos pueden ser dejados atrás o "superados" (una condición que en la historia de la filosofía ha sido objeto de múltiples discusiones, en especial en las perspectivas dialécticas históricas)

Ciertamente estos supuestos de elaboración de quien desea proponer un cierto post- implican algunos problemas importantes. Uno de ellos involucra lo que podríamos llamar el problema del “realismo” de las tradiciones. Las tradiciones en sí mismas no son tan homogéneas como su esquematización parece indicar, por lo cual involucra en menor o mayor medida algún tipo de “ficcionalización”, de borramiento de matices, de juegos anacrónicos, etc. Un segundo problema está atado al hecho de que en muchas ocasiones la superación que está implícita en el prefijo post- no solo implica discursos filosóficos sino también discursos de diversas ciencias que rondan a la investigación antropológica sobre la naturaleza humana y, de algún modo, condicionan su despliegue. En este sentido, el ejemplo del debate alemán de los años veinte y treinta resulta muy representativo en la medida en que hallamos lecturas antropológicas (Cassirer, Scheler, Heidegger, Gehlen) claramente elaboradas a partir de las sombras del discurso epocal de la biología (en particular, Von Uexküll), la etología o la zoología.

Ahora bien, una vez que hemos contextualizado de manera muy breve esta serie de problemas de orden metodológico relativos a los post-, nos interesa particularmente abordar una de las formas más atractivas de discursos post- de las últimas cuatro décadas: el denominado post-antropocentrismo. En tanto que pariente cercano del posthumanismo (Braidotti 2013, Haraway 2016), del neomaterialismo y de las diversas teorías cyborg (Clark y Chalmers 1998, Broncano 2012), el post-antropocentrismo se orientó a rescatar modos de existencia, agencias, sensibilidades y temporalidades no humanas. Pero ¿qué significa exactamente ser post-antropocéntrico? En términos muy generales, el antropocentrismo se puede comprender como una evaluación o valoración de una cierta clase de perspectiva que toma al humano como medida de todas las cosas. Su cristalización más potente se asocia típicamente con el discurso dualista moderno pero se lo puede rastrear, por supuesto, en corrientes previas. Las discusiones del siglo XX en diversos terrenos de análisis (sociología, antropología, arqueología, estudios de

cultura material) han mostrado progresivamente los límites teóricos y los sesgos políticos implícitos en las perspectivas antropocentradas.

En esta breve intervención no nos preocupa hacer un racconto de tales discusiones sino, más bien, distinguir dos formas de antropocentrismo que muchas veces aparecen confundidas o entremezcladas en distintas tematizaciones: antropocentrismo epistemológico y antropocentrismo ontológico. El primero indica de manera cruda el hecho de que es imposible desprendernos de categorías moldeadas en última instancia por humanos para pensar fenómenos. Sin duda, podemos imaginar nuevas categorías, innovadoras o extrañas, pero serán siempre categorías humanas, conceptos humanos, que capturan aspectos ambientales de un modo distinto al cual lo hacen las abejas o las máquinas digitales (si es que efectivamente podemos atribuirles uso de conceptos en sentido genuino). Si tuviéramos otros conceptos y otras preguntas que guiarán nuestras indagaciones, no dejarían de ser antropocentrados en este primer sentido, sencillamente porque dependemos de conceptos y formas de interrogación anclados a vocabularios creados y sostenidos por seres humanos. No podemos dejar de acceder al mundo y valorar sus aspectos si no es en términos de nuestra tradición o de una nueva tradición cuya estructura es constitutiva de la propia indagación. Como se notará, este primer sentido de antropocentrismo no es demasiado interesante filosóficamente. Es, más bien, trivial en cuanto aceptamos que es ineliminable y no podemos superarlo. Este carácter de inevitabilidad lo hace poco interesante para una tematización filosófica.

El antropocentrismo ontológico, en cambio, sí resulta ser atractivo en varias dimensiones. Puede resumirse de manera sintética en la idea de que el ser humano es la medida de todas las cosas. Esta afirmación, por supuesto, revela un privilegio de orden metafísico, moral, cognitivo y agencial, un privilegio que se visibiliza especialmente en la tradición moderna y las subdisciplinas o campos particulares de la filosofía que ella alimentó y sostuvo. Muchas veces este privilegio aparece asociado a la excepcionalidad,

a una condición que abriría un abismo entre el modo de existencia humano y el no-humano (que incluiría entidades divergentes tales como animales no humanos, vegetales, artefactos, máquinas, entre otras).

Ahora bien, frente a esta caracterización conceptual, creemos que una manera de pensar con más riqueza la cuestión del post- consiste en situarlo en el marco de problemas específicos: una mayor acotación del problema tiende a hacer más significativo aquello que la discusión genera. Esto significa que es conveniente no pensar en la categoría de post-antropocentrismo en sí misma, sino más bien analizar cómo ciertas posiciones post-antropocéntricas impactan en el tratamiento de un problema o conjunto particular de problemas. En este sentido, un problema relativamente acotado que aparece y puede servir para este ejercicio es el problema de la agencia, un asunto que ha sido muy relevante en el despliegue de los últimos veinte años tanto para la filosofía de la técnica y las ciencias cognitivas como para la política y las artes.

¿Qué es la agencia? ¿Qué entidades son posibles agentes? ¿Sobre qué entidades podemos predicar “agencialidad” de manera genuina? Estas preguntas clave pueden efectivamente recibir lecturas antropocéntricas o post-antropocéntricas. Una clave de lectura antropocéntrica tenderá a sostener que las únicas formas genuinas de agencia son las humanas, y que deberíamos incluir al resto en la dimensión de la mera causalidad. Esta lectura se cristaliza en la misma distinción conceptual entre acción y agencia, y se hace visible en el rol hegemónico que ha tenido el modelo de agencia humana dentro de las indagaciones de filosofía de la acción habitualmente guiadas por la pregunta sobre las relaciones entre creencias, deseos e intenciones en un individuo o grupo.

Ahora bien, el problema de la agencia también puede recibir una tematización no antropocéntrica. Las distintas variantes de los “Nuevos materialismos” han insistido en desterrar la imagen pasiva que el dualismo forma/materia le otorgó tradicionalmente a esta última. Por el contrario, la materia es siempre

materia activa, no es mera superficie pasiva de inscripción o target humano (Ingold 2000). Las cosas tienen agencia en la medida en que ellas sugieren o inhiben acciones, alientan otras, modulan el comportamiento humano y no humano, al tiempo que configuran redes de dependencia interobjetivas que sirven de paisaje a la acción de todo organismo situando el abanico de sus acciones posibles.

En contraste con la anterior idea de acción, que se acota al ámbito humano, el término agencia es más amplio en su aplicación y permite analizar fenómenos de ensamblaje entre máquinas y humanos, o de andamiaje entre artefactos y humanos, o directamente relaciones intercósicas, esto es, sinergias de la materia que tienen consecuencias en el ambiente. Esta performatividad que se predica de los objetos no requiere necesariamente de una sustancia o un sujeto orgánico (Parente 2024). Se trata de un tipo de performatividad que excede en varios sentidos a la que analiza la filosofía de la acción, y naturalmente no requiere adecuarse a su lenguaje subjetivista (es decir, no requiere atribuir creencias, deseos o intenciones a un cierto sujeto X).

Admitir la importancia filosófica de estas modalidades de agencia no humana no significa, sin embargo, rechazar formas agenciales típicamente humanas, sino en todo caso realizar una ampliación del concepto de agencia que involucre los andamiajes artificiales que operan en relación de co-constitución con los diversos organismos. Es así que el análisis de una lectura post-anthropocentrada en el ámbito específico del problema de la agencia nos conduce directamente hacia la idea de co-constitución entre organismos y ambientes. En un nivel más general, esto significa que es viable pensar implicaciones concretas y específicas de posiciones post-anthropocéntricas una vez que las situamos en marcos acotados definidos a partir de problemas (en este caso, qué diferencia hace pensar post-anthropocéntricamente el problema de la agencia).

Así pensado, el post-anthropocentrismo no es exclusivamente un problema teórico, de pura contemplación, sino más bien uno cargado de implicaciones

prácticas y políticas muy definidas. Pensemos, por ejemplo, en el caso de la pandemia de Covid-19, ahora que no se habla tanto de ella como se hablaba apresuradamente en 2020. En cuanto fenómeno global y sistémico, la pandemia se nos presenta como un objeto de análisis especialmente interesante para recuperar en el marco de esta pregunta por un vocabulario post-antropocentrado. De hecho, una de las vías de combate a nivel global contra el virus Covid evidenció un tipo de sensibilidad post-antropocentrada y ecológica, una sensibilidad orientada a atender al sistema-como-un-todo-organizado en actividad, y no a sus partes como componentes individuales cuya eficacia podría determinarse sin atender al sistema. Una de las dificultades de intentar comprender el fenómeno pandémico de manera social centrada (siguiendo la terminología latouriana) es que dicha aproximación debería lidiar con un fenómeno que mezcla de manera compleja agencias humanas y no humanas en el marco de escalas espacio temporales muy heterogéneas. Ciertamente el virus Covid es un agente no humano cuya eficacia como “agente” transmisor de una enfermedad no está anclada sólo a sus propiedades materiales sino a ciertos ensamblajes materiales que permiten su sostenimiento, proliferación y variación en espacios y tiempos muy diversos. Toda esta ecología compleja sistémica que permitió explicar el sostenimiento y la eficacia del virus fue contrarrestada también de manera ecológica. Podríamos decir que una cierta mirada post-antropocentrada decidió intervenir ecológicamente en el entramado que favorecía la proliferación de dicha entidad, un entramado que reúne al virus con agentes animales y humanos, aviones, barcos, barbijos, vacunas, software de trazabilidad, protocolos de distancia en filas, categorías conceptuales innovadoras como la de “contacto estrecho”, es decir, un enorme conjunto de agentes que favorecen o disputan la existencia del virus y sus consecuencias en las dimensiones individuales y sociales (cuarentena, shock de virtualización, paralización de la actividad productiva, depresión económica, etc).

En verdad, para analizar las potenciales amenazas de los pasajeros como vectores del virus en un tren o un avión no alcanza con determinar si transportan o no al virus; debemos focalizar, más bien, los ensamblajes sociotécnicos densos en los cuales se despliega toda acción de desplazamiento humano: individuos solos o en grupo, con barbijos, separados a cierta distancia social, algunos de ellos vacunados, la mayoría monitoreados por un software de trazabilidad administrado por el Estado. Este tipo de descripción densa de redes interobjetivas tiene mayores posibilidades de iluminar fenómenos agenciales complejos como el mencionado. En resumen, una cierta sensibilidad post-antropocentrada, ecológico-sistémica, que atendió al entramado “sin costuras” de humanos y no humanos y pensó la agencia más allá de la escala humana individual o grupal, tuvo cierto éxito en controlar los efectos inicialmente devastadores del virus Covid. Solo este tipo de enfoque pudo desatar el nudo de un fenómeno que tenía características sistémicas de evolución que el propio lenguaje antropocentrado no permitía capturar con claridad.

En definitiva, esta intervención procuró sugerir que una de las formas más fructíferas de pensar la estructura del post- en nuestra disciplina (en este caso, la estructura del post-antropocentrismo) es a través de una manera situada, analizando problemas y casos concretos y tratando de extraer intuiciones a partir de lo que ellos nos ofrecen. A su vez, esta intervención deja sin duda algunas preguntas pendientes que se derivan de las ideas presentadas. Una de ellas es la que concierne a la relación (tensiva o no) entre los distintos objetos de superación o “centrismos”: antropocentrismo, androcentrismo, eurocentrismo, genocentrismo, sociocentrismo, biocentrismo. ¿Cómo se relacionan estos “centrismos” entre sí? ¿Hay alguno de ellos que absorba o contenga al resto? ¿Cómo se da el pasaje de un centrismo a un post------centrismo, es decir, cómo se produce ese proceso que entendemos como el de una transformación de una tradición, o su “superación”? Otra de las enseñanzas que se pueden desprender de la pandemia de Covid-19 como evento histórico disruptivo es que el pasaje

hacia un vocabulario no antropocentrado no es, fundamentalmente, un resultado estricto de las “modas académicas”, de una discusión “intelectual” al interior de las instituciones. Por el contrario, la mejor forma de interpretar la disputa entre los distintos -centrismos, su cambio y transformación a lo largo del tiempo, es determinando cómo ciertos vocabularios o categorías de análisis se van tornando obsoletos, cómo progresivamente pierden su fuerza explicativa, frente a nuevos acontecimientos. En este sentido es la rebelión fáctica de las cosas (su no controlabilidad, por ejemplo), la rebelión de ciertos agentes no humanos, la emergencia de nuevas identidades subjetivas o grupales, aquello que muchas veces produce que un cierto lenguaje antropocentrado sea cada vez más débil y menos iluminador.

Referencias bibliográficas

- Braidotti, R. (2013), *The Posthuman*, Polity Press.
- Broncano, F. (2012), *La estrategia del simbiote, Delirio*.
- Clark, A. y Chalmers, D. (1998), “The extended mind”, *Analysis*, 58, (1), 78-99.
- Haraway, D. (2016), *Staying with the Trouble: Making Kin in the Cthulucene*, Duke University Press.
- Ingold, T. (2000), *The perception of Environment*, Harvard University Press.
- Parente, D. (2024), *Cómo hacer cosas sin palabras. Una filosofía materialista de la técnica*, La Cebra.

Recibido: 06/08/2024

Aceptado: 24/09/2025

Cómo citar este artículo

Parente, D. (2025). Post-antropocentrismo. *RevID, Revista de Investigación y Disciplinas*, Dossier Especial de antropología, San Luis, p.57-65